

LOS LIBROS

CRÓNICA DE ALFONSO XIII Y SU LINAJE,
por MELCHOR DE ALMAGRO SAN MARTÍN.
Prólogo del Dr. GREGORIO MARAÑÓN. - Ediciones
Atlas. Madrid.

Si el libro de Melchor de Almagro San Martín no ofeciera al lector un interés vivísimo por los apuntes del natural que de Alfonso XIII y su linaje nos brinda, merecería leerse, siquiera por el magnífico prólogo con que lo avala Gregorio Marañón.

El prefacio del ilustre doctor es un verdadero ensayo, breve, pero de jugoso contenido. Marañón, al que su pluma y su talento colocan en un plano privilegiado entre los escritores españoles, tiene siempre algo que decir, y lo que dice es, asimismo, interesante. Yo afirmaré que la ligereza anecdótica del libro de Almagro San Martín se complementa con el profundo estudio que Marañón hace en su prólogo.

Tiene razón el insigne doctor al asegurar que «cada hecho histórico es rigurosamente irresponsable de su bondad o de su maldad; ésta le ha sido transmitida en el momento de engendrarse, y es injusto asignarles un sentido ético, como suele hacerse, mientras que los hechos que los crearon quedan absueltos».

En realidad, falta aún a los sucesos que en poco menos de medio siglo se precipitaron como un torrente en la vida política española esa perspectiva que da la lejanía; pero la obra de Almagro San Martín no aspira al análisis; su intención es bien distinta, menos honda y mucho más grata, desde luego, al lector.

Creo que ningún escritor español cultiva la chismografía histórica tan deliciosamente como el autor de esta crónica. Su libro

tiene, precisamente, aire de reseña de salón, de cotilleo cortesano, de comentario incisivo, alegre y somero. No le falta tampoco la ironía desenfadada y mordaz.

Marañón, en su gentileza, califica de retratos estos apuntes, que, a semejanza de escorzos, traza con pulso firme y con gracia natural Almagro San Martín. Yo creo que, por la levedad del boceto y el ágil contorno de sus líneas, los dibujos cobran una viveza y una humanidad admirables.

Sobre otras cualidades, de expresión, de naturaleza y sencillez, justo es destacar la mayor de todas: esto es, su extraordinaria amenidad.

La *Crónica de Alfonso XIII y su linaje* se lee con tanta avidez, que cuando quiere uno darse cuenta, ha finalizado el libro. Tal es el interés de estas notabilísimas memorias, maestras en lo que se refiere a la certeza del rasgo, y en las que el espíritu burlón de su autor asoma con frecuencia al hacer un comentario irónico de alguno de los personajes que desfilan por este museo, tan pintoresco a veces.

En determinados momentos, la melancolía del cronista atenúa piadosamente los perfiles de sus modelos; esta propensión generosa no se prodiga, ya que hay revelaciones que causarán, sin duda, en personas que todavía viven, inevitables fricciones.

Dice Melchor de Almagro San Martín que él pretende hacer «la historia pequeña»; y, en verdad, que lo consigue, porque el rasgo íntimo, el que se sorprende y no se publica, por la imposibilidad de emplear en la vida una franqueza absoluta mientras el personaje es actor principal de la comedia humana, es, precisamente, el que el excelente escritor nos brinda en este libro intencionado, rico en detalles directos, bien escrito y que convierte la historia viva de una época en amena y desenfadada chismo-grafía.

RAFAEL NARBONA.

LA MONARQUÍA FRANCESA, por CHARLES BENOIST.

Versión española de S. MAGARIÑOS. - Colección «Cuatro Vientos». - Afradisio Aguado. Madrid.

Ha escrito Charles Benoist una obra considerable al estudiar, en dos volúmenes muy bien documentados, la trayectoria de la Monarquía francesa desde sus comienzos hasta Luis XIV.

tiene, precisamente, aire de reseña de salón, de cotilleo cortesano, de comentario incisivo, alegre y somero. No le falta tampoco la ironía desenfadada y mordaz.

Marañón, en su gentileza, califica de retratos estos apuntes, que, a semejanza de escorzos, traza con pulso firme y con gracia natural Almagro San Martín. Yo creo que, por la levedad del boceto y el ágil contorno de sus líneas, los dibujos cobran una viveza y una humanidad admirables.

Sobre otras cualidades, de expresión, de naturaleza y sencillez, justo es destacar la mayor de todas: esto es, su extraordinaria amenidad.

La *Crónica de Alfonso XIII y su linaje* se lee con tanta avidez, que cuando quiere uno darse cuenta, ha finalizado el libro. Tal es el interés de estas notabilísimas memorias, maestras en lo que se refiere a la certeza del rasgo, y en las que el espíritu burlón de su autor asoma con frecuencia al hacer un comentario irónico de alguno de los personajes que desfilan por este museo, tan pintoresco a veces.

En determinados momentos, la melancolía del cronista atenúa piadosamente los perfiles de sus modelos; esta propensión generosa no se prodiga, ya que hay revelaciones que causarán, sin duda, en personas que todavía viven, inevitables fricciones.

Dice Melchor de Almagro San Martín que él pretende hacer «la historia pequeña»; y, en verdad, que lo consigue, porque el rasgo íntimo, el que se sorprende y no se publica, por la imposibilidad de emplear en la vida una franqueza absoluta mientras el personaje es actor principal de la comedia humana, es, precisamente, el que el excelente escritor nos brinda en este libro intencionado, rico en detalles directos, bien escrito y que convierte la historia viva de una época en amena y desenfadada chismo-grafía.

RAFAEL NARBONA.

LA MONARQUÍA FRANCESA, por CHARLES BENOIST.

Versión española de S. MAGARIÑOS. - Colección «Cuatro Vientos». - Afradisio Aguado. Madrid.

Ha escrito Charles Benoist una obra considerable al estudiar, en dos volúmenes muy bien documentados, la trayectoria de la Monarquía francesa desde sus comienzos hasta Luis XIV.

Pone Benoist de relieve en su libro el esfuerzo de los reyes de Francia para construir su patria, constituyendo una nación e incorporando, poco a poco, en continuas guerras, todos los territorios que, al fin, acabarían formando su propia fisonomía.

Hay en la obra de Charles Benoist una fina captación de matices y una exposición serena del vasto panorama de la Monarquía gala, que tantas dificultades hubo de vencer en su labor de ir formando lentamente, con una clara visión política, su futuro.

El libro de Benoist es, a un tiempo, historia, tesis y exégesis.

El primer tomo trata de los cuadros territoriales del país, de su unidad geográfica, moral, intelectual y política; de cómo se sumaron al reino condados y ducados y de la fuerza unificadora de la Monarquía, representada por el rey, la fe, la lengua, la literatura, la ley y la sociedad.

El tomo segundo tiene un atractivo aún mayor, pues por sus páginas pasan las figuras señeras de los monarcas de Francia y reviven en certeros diseños y en fieles interpretaciones. Los Capetos, los Valois y los Borbones van echando los cimientos, con su personal esfuerzo, de la Monarquía francesa.

Tal vez el mérito de Charles Benoist, al escribir esta obra, haya sido la objetividad con que ha llevado a cabo su trabajo, sin caer en el panegírico, en el ditirambo ni en la apología. Si éste era, en realidad, su propósito, lo ha conseguido, porque tampoco ha soslayado, en defensa de sus convicciones, la inferioridad de algunos príncipes, ni ha desvirtuado la verdad.

La versión de Santiago Magariños, además de cuidadosa, es excelente.

R. N.

EL ARTE ROMÁNICO EN LA PROVINCIA DE SORIA,
por JUAN ANTONIO GAYA NUÑO.-Madrid, 1946.
Con 67 dibujos del autor y 102 láminas.-C. S. de Investigaciones Científicas.-Instituto «Diego Velázquez».-283 págs.

Entre los muchos y positivos valores que contiene *El arte románico en la provincia de Soria*, del ilustre arqueólogo don Juan Antonio Gaya Nuño, sobresale, en primer término, la fidelidad y acopio de datos formales para definir y dilucidar, en el área geográfica de la provincia soriana, la existencia del románico, sus frutos, sus antecedentes y, con seguro ritmo, la relación con otras expresiones del

Pone Benoist de relieve en su libro el esfuerzo de los reyes de Francia para construir su patria, constituyendo una nación e incorporando, poco a poco, en continuas guerras, todos los territorios que, al fin, acabarían formando su propia fisonomía.

Hay en la obra de Charles Benoist una fina captación de matices y una exposición serena del vasto panorama de la Monarquía gala, que tantas dificultades hubo de vencer en su labor de ir formando lentamente, con una clara visión política, su futuro.

El libro de Benoist es, a un tiempo, historia, tesis y exégesis.

El primer tomo trata de los cuadros territoriales del país, de su unidad geográfica, moral, intelectual y política; de cómo se sumaron al reino condados y ducados y de la fuerza unificadora de la Monarquía, representada por el rey, la fe, la lengua, la literatura, la ley y la sociedad.

El tomo segundo tiene un atractivo aún mayor, pues por sus páginas pasan las figuras señeras de los monarcas de Francia y reviven en certeros diseños y en fieles interpretaciones. Los Capetos, los Valois y los Borbones van echando los cimientos, con su personal esfuerzo, de la Monarquía francesa.

Tal vez el mérito de Charles Benoist, al escribir esta obra, haya sido la objetividad con que ha llevado a cabo su trabajo, sin caer en el panegírico, en el ditirambo ni en la apología. Si éste era, en realidad, su propósito, lo ha conseguido, porque tampoco ha soslayado, en defensa de sus convicciones, la inferioridad de algunos príncipes, ni ha desvirtuado la verdad.

La versión de Santiago Magariños, además de cuidadosa, es excelente.

R. N.

EL ARTE ROMÁNICO EN LA PROVINCIA DE SORIA,
por JUAN ANTONIO GAYA NUÑO.-Madrid, 1946.
Con 67 dibujos del autor y 102 láminas.-C. S. de Investigaciones Científicas.-Instituto «Diego Velázquez».-283 págs.

Entre los muchos y positivos valores que contiene *El arte románico en la provincia de Soria*, del ilustre arqueólogo don Juan Antonio Gaya Nuño, sobresale, en primer término, la fidelidad y acopio de datos formales para definir y dilucidar, en el área geográfica de la provincia soriana, la existencia del románico, sus frutos, sus antecedentes y, con seguro ritmo, la relación con otras expresiones del

románico diseminadas por el haz de la tierra. Libro, por tanto, de máximo interés, no sólo para técnicos, sino, por la fuerza elocuente de sus documentos y juicios, para profanos. En este punto, la labor del Sr. Gaya Nuño es sobremanera clara, ordenada y completa. Mejor aún: se ayuda con un estilo de ricas propiedades retóricas que van desde la idoneidad y armonía del concepto hasta el más flúido y caliente de los juegos imaginativos. Parece —lo es, en efecto— que el autor sabe utilizar, para servirla cumplidamente, la fórmula aristotélica que hacía compatibles la lira y el compás. El compás para el rigor técnico e histórico; la lira para la poesía. Porque *El arte románico en la provincia de Soria* conjuga diestramente ambos y muy complejos menesteres. No es la narración, ni el análisis, ni la investigación escuetos y cultistas simplemente, sino que el Sr. Gaya Nuño, inspirado, cierto y apasionado, impone a su competente cientifismo la gala, no menos competente, de su inspiración artística.

Hemos visto siempre que España, a través de sus glorias y vicisitudes, jamás careció de hombres cimeros, competentísimos y documentados en el campo de la investigación científica. Nuestros anales están repletos de acentos taxativos. Lo que no abundó tanto, singularmente en los comienzos de la ordenación histórica de tales investigaciones, fué el hombre que uniera a su condición científica su condición poética, que un torpe desdén hacía antipódica. Otros pueblos —singularmente Alemania y Francia— pudieron aliar ambas virtudes. A comienzos del siglo, entre nosotros, un Ortega y Gasset, un Marañón, un Menéndez Pidal, etc., se dieron a ejercer una función de creación y apostolado en este sentido. Y la literatura, en su canon estricto, invadió el férreo y hermético campo de la especulación científica, y la ciencia, dejando a un lado su altivez y su sobriedad, se metió de lleno, dándole contenido y sustancia en sus modalidades respectivas, en los dominios tentadores y fastuosos de la literatura.

El Sr Gaya Nuño robustece con su obra los postulados de la experiencia y, como un poeta que fuera a la vez arqueólogo, o un arqueólogo que fuera a la par poeta, lanza a la publicidad, en oro cierto, *El arte románico en la provincia de Soria*, cuya lectura, fuera de su rumbo didáctico, guarda el supremo encanto de la más jugosa y bella de las narraciones literarias.

Desde que a partir del siglo XI arraiga «con pasmosa facilidad» el arte románico en la provincia soriana, el Sr. Gaya Nuño nos da

una lección de emplazamiento y estudio minuciosos y totales del románico en aquella zona, no sin antes parar mientes en la «cantidad de elementos de arquitectura española que pudieron preparar» su triunfo. Aludo al triunfo del románico. El itinerario es veraz y sorprendente. Nada escapa a la observación propia ni al documento ajeno. Testimonios de esa preparación abren marcha para enfrascarnos en su influencia, que si fué retrasada, se debió, como dice con tino el autor, a la relativamente tardía cristianización de aquella provincia,* en la que, «aparte de las posibles andanzas de los monarcas navarros por la sierra nordeste, la comarca primeramente conquistada fué la ribera occidental del Duero, y San Esteban, su centro más importante, rescatado casi definitivamente por los cristianos en las convulsiones del Califato cordobés».

En la «Introducción» de *El arte románico en la provincia de Soria* se desmenuzan y analizan los más importantes signos normativos que rigieron el románico soriano, y, de paso, el autor nos ofrece, para hacer más útil su tarea, un somero índice de los más notables ejemplos arquitectónicos en este orden de cosas, desde los muros a las impostas, pasando por arcos, bóvedas, etc., etc., que decoran el amplio panorama de sus investigaciones. Concluye la «Introducción» con un relato brevísimo de los accesorios románicos del culto que se han conservado, pese al tiempo, en aquella comarca.

Y seguidamente el Sr. Gaya Nuño penetra, para cuajar los propósitos de su libro, en San Esteban de Gormaz. El arqueólogo, ardidado de entusiasmo como el que practica un culto—y así ejerce su papel el Sr. Gaya Nuño—, nos lleva de la mano, solícito y experto, para mostrarnos, al par que la Historia, con sus danzas y contradanzas bélicas, la flor «tan curiosa, pero tan pobre», del románico soriano. Y allí está la iglesia de San Miguel, «la más antigua, dorada y carcomida por todos los soles y lluvias de Castilla», cuyo pórtico es una joya románica de la región, y en la que se mantienen todavía, pese a la erosión de los siglos, una serie de diversos y singulares capiteles esculpidos «con gran amor al detalle». Y allí está igualmente El Rivero, monumento gemelo de San Miguel, y está asimismo, en el libro, no en la realidad, San Esteban, «iglesia magnífica, cuyo fin desgraciado fué su demolición en el año de 1922». Pero el Sr. Gaya Nuño la reconstruye idealmente y nos la brinda conmovido, como otro eco más del románico.

El libro, entonces, se adentra en los pueblos sorianos, como un visitante abnegado, para, al cabo de una excursión sistematizada,

acopiar, sin la ausencia del más leve indicio, cuanto puede contribuir al esclarecimiento y clasificación del arte románico. Esta visita se hace más densa y copiosa en la propia Soria, donde la abundancia y riqueza del románico dan oportunidad a nuestro autor para desentrañar y formular equivalencias, orígenes, influencias y perspectivas de un valor incontrastable. Para ello, conviene insistir, el señor Gaya Nuño no escatima la aportación de cuantos detalles—bibliográficos o documentales—halló en su inquieta correría por los motivos supervivientes o por aquellos otros que, a la sombra de los archivos, esperan siempre, como el arpa de Bécquer, la mano que sepa desentrañarlos.

Nos haría falta más espacio del que se nos tiene asignado para dar cuenta de este gran libro, merecedor de toda lisonja. Apenas nos queda ya lugar para la firma, y observamos que apenas si hemos salido de los comienzos de *El arte románico en la provincia de Soria*. Sin embargo, agreguemos, para finalizar, que no se trata de una tarea que suscite impresión de fatiga y compromiso. Al contrario. Documentada, eficazmente documentada, se lee con el ánimo alerta, pendiente de sus bellezas, de su afán didáctico y de su autenticidad artístico-científica. Por si fuera poco, el Instituto «Diego Velázquez», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en su sección de Publicaciones de Arte y Arqueología, la ha editado, pertrechada de dibujos y láminas, con diafanidad tipográfica y, en general, con todos los requisitos indispensables para la presentación y difusión de una obra de contenido y orientación tan magistrales.

SERGIO NERVA.

DESCARTES (época, vida e obra), por IVAN LINS.

Ed. Emiel, 1940.-Río de Janeiro. 595 págs. in.-8.º

Con ocasión del tercer centenario del «Discurso del Método» pronunció en 1937 Ivan Monteiro de Barros Lins, en la Academia Brasileña de las Letras, estas ocho conferencias, que aparecen reunidas ahora por la Biblioteca de Cultura Positiva. Más que una obra de tesis, se trata de un libro de secta. De secta estrecha y cerrada. Desde el principio hasta el fin va enderezado al redescubrimiento de un Descartes positivista. El primer descubrimiento es obra del mismo Comte. El fundador del positivismo veía en Descartes su precursor más conspicuo.

acopiar, sin la ausencia del más leve indicio, cuanto puede contribuir al esclarecimiento y clasificación del arte románico. Esta visita se hace más densa y copiosa en la propia Soria, donde la abundancia y riqueza del románico dan oportunidad a nuestro autor para desentrañar y formular equivalencias, orígenes, influencias y perspectivas de un valor incontrastable. Para ello, conviene insistir, el señor Gaya Nuño no escatima la aportación de cuantos detalles—bibliográficos o documentales—halló en su inquieta correría por los motivos supervivientes o por aquellos otros que, a la sombra de los archivos, esperan siempre, como el arpa de Bécquer, la mano que sepa desentrañarlos.

Nos haría falta más espacio del que se nos tiene asignado para dar cuenta de este gran libro, merecedor de toda lisonja. Apenas nos queda ya lugar para la firma, y observamos que apenas si hemos salido de los comienzos de *El arte románico en la provincia de Soria*. Sin embargo, agreguemos, para finalizar, que no se trata de una tarea que suscite impresión de fatiga y compromiso. Al contrario. Documentada, eficazmente documentada, se lee con el ánimo alerta, pendiente de sus bellezas, de su afán didáctico y de su autenticidad artístico-científica. Por si fuera poco, el Instituto «Diego Velázquez», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en su sección de Publicaciones de Arte y Arqueología, la ha editado, pertrechada de dibujos y láminas, con diafanidad tipográfica y, en general, con todos los requisitos indispensables para la presentación y difusión de una obra de contenido y orientación tan magistrales.

SERGIO NERVA.

DESCARTES (época, vida e obra), por IVAN LINS.

Ed. Emiel, 1940.-Río de Janeiro. 595 págs. in.-8.º

Con ocasión del tercer centenario del «Discurso del Método» pronunció en 1937 Ivan Monteiro de Barros Lins, en la Academia Brasileña de las Letras, estas ocho conferencias, que aparecen reunidas ahora por la Biblioteca de Cultura Positiva. Más que una obra de tesis, se trata de un libro de secta. De secta estrecha y cerrada. Desde el principio hasta el fin va enderezado al redescubrimiento de un Descartes positivista. El primer descubrimiento es obra del mismo Comte. El fundador del positivismo veía en Descartes su precursor más conspicuo.

En el plano biográfico pierde el autor la anécdota pequeña, minúscula, vacua. Los más absurdos pormenores de la vida galante de M. Perron son aquí recogidos al detalle. En lo doctrinal va maculado el libro con las cuestiones más peregrinas y extravagantes: «A sogra de S. Pedro», «Os amores de Ana d'Austria e Mazarino». A fuerza de tendenciosidad, acaba por presentarnos un Descartes falsificado. Los eternos tópicos del positivismo de hace más de cincuenta años están aquí reflejados fielmente. Oscurantismo e intolerancia eclesiástica. «Brutalidad» del siglo XVII. Fanatismo y mediocridad escolásticos. Respecto de la Escolástica, la posición del autor no puede ser más simplista y errónea.

Descartes, «profeta de una era nova» (pág. 420), es la interferencia de una trayectoria metafísica que viene de Aristóteles, con una trayectoria positivista que arranca de Comte. En esta ubicación cartesiana está ya latente el primer contrasentido del libro. Si Descartes se nos presenta distanciado de la mentalidad teológica, debería estar más alejado del espíritu platonizante de lo que en realidad está. Un Descartes prepositivista tendría que estar más cerca de Aristóteles que de Platón. Y, sin embargo, históricamente no lo está. La afinidad platonizante del cartesianismo ha sido ya revelada por Gilson (*Etudes sur la rôle de la Pensée médiévale sur la formation du système cartésien*) y L. Blanchet (*Les antécédents historiques du «Je pense, donc je suis»*).

El segundo contrasentido es un error cardinal de interpretación respecto del escepticismo cartesiano. La duda metódica en ninguna manera puede confundirse con la duda de los escépticos. Esta es una duda negativa, la consecuencia y resultante de una razón fracasada, el término de un proceso, de un camino sin salidas. La duda escéptica conduce a la nada. Aquel otro tipo de duda es, en cambio, un medio, un instrumento hacia el hallazgo de la certeza. Es una duda positiva, una duda que nos lleva como de la mano a la misma contemplación de la verdad. Ivan Lins, una y otra vez insiste en el escepticismo de Descartes. Al comentar el pasaje en que Descartes hace inventario de las ciencias en la primera parte del *Discurso del Método*, declara: «... considerando quantas opiniões diversas, sustentadas por homens doutos, pode haver sôbre a mesma matéria, sem que mais de uma possa ser verdadeira, reputava quási como falso tudo o que era apenas verosimil!». En la página 87 sostiene: «Chegou, pois, Descartes, como êle proprio confessava, desde muito jovem, ao cepticismo, que era a filosofia dos

melhores espíritos da época...» Más que escéptico, Descartes es un dogmático, un dogmático desde luego especial. No es el suyo un dogmatismo ingenuo, inicial, sino criteriológico, terminal.

Pero, además de contradictorio, es éste un libro confuso en más de un lugar, a nuestro parecer. En un confusionismo lastimoso, va envolviendo el autor las nociones más sencillas del sistema cartesiano. En la página 154 identifica el «bono sens» cartesiano con el «sensus communis», en su acepción primaria, inmediata. Para Descartes, «bon sens» es sinónimo de «ratio». Desde las primeras líneas del *Discurso* sostiene ya que «la puissance de bien juger et distinguer la vrai d'avec le faux, qui est propement ce qu'on nomme le bon sens ou la raison...». «Bon sens» tiene en Descartes dos significaciones diferentes, bien como facultad natural de discriminar lo verdadero de lo falso, bien como sabiduría. En el primer sentido empleado en todo el *Discurso*. Aparece entonces como «lumière naturelle», dada homogéneamente en todos los hombres. (Cf. *Discurso*, III parte, pág. 27, líns. 24-25. Ed. E. Gilson, París, J. Vrin., 1939). La traducción latina de «bon sens» por el galicismo «bona mens» patentiza ya esta significación («Qui aliquid habeat iudicii sive bonae mentis». *Epist. ad Voetim*, t. VIII, pág. 51, lín. 19). Hombre de «bon sens» es el hombre que sigue los dictámenes de su razón («... homo aliquis sola ratione naturali utens et nullo praeiudicio laborans... *Disc.*, II part., pág. 13, lín. 1, ed. Gilson).

Hace referencia «bon sens» también a lo sapiencial. «Bon sens» designa la sabiduría en su sentido estoico (Cf. *Sen. De Vita beata*, XII, 1). En este sentido se expresa la Regla I al hablar «de bona mente sive de hac universali sapientia ...» (Cf. Reg. VIII.) Estas dos acepciones son correlacionables en cuanto que el «bon sens» es el instrumento que, bien usado, permite allegar la «bona mens» o sabiduría, e inversamente, la sabiduría es el «bon sens» en su más alto desarrollo y perfección, tras un método que viene a ser su uso regular y medido.

Un Descartes prepositivista difícilmente se adecúa con la mentalidad metafísica del autor de las *Meditaciones*. La solución del autor es expeditiva a este respecto. Negar el sentido profundamente metafísico de la filosofía cartesiana y aducir cierta carta del 28 de junio de 1643, donde Descartes declara a la princesa palatina la nocividad de las meditaciones sobre los principios metafísicos por su imaginatividad.

Este es el sentido y contrasentido del libro de Iván Lins, del

que de intento hemos tenido que relegar planos muy destacados de su contenido hacia la demostración más ostensible de su valor y significación.

JOSÉ PERDOMO.

LA ESPAÑA DE FRANCO, por DOMINGO DE ARRESE.

Publicaciones Españolas. Madrid, 1947.

La pluma docta, segura y veraz de Domingo de Arrese ha escrito un libro, prodigio de fondo religioso y político, titulado *La España de Franco*, en el que la feliz coincidencia de la nerviosa agilidad del periodista y el espíritu profundo del pensador se aunan de modo perfecto para conseguir la realidad luminosa de este volumen, llamado a tener gran resonancia por su tema, planteamiento y desarrollo, en el que el autor, huyendo de lo tópico —fácil recurso repudiable—, se ha entregado de lleno a lo objetivo e indudable.

Domingo de Arrese, recogiendo las melenas de lo lírico, ha seguido en su libro —quinientas páginas de texto y numerosas y aleccionadoras fotografías fuera de paginación— una clara dirección cuasi histórica desde el ayer mediato —la República— al hoy, pasando por lo inmediato —la Guerra de Liberación—.

Con enjundia literaria y ese claro concepto de la lógica que el señor Arrese tiene, va diciendo en su libro las razones y *porqués* de la Guerra de España contra sus seculares enemigos. Aquel sombrío panorama, lleno de la más feroz de las anarquías y de los sectarismos más repudiables, que se extendió por España a partir del 14 de abril de 1931, lo narra el autor de este libro con la más afortunada de las prosas y la más eficaz de las razones. No haciéndolo «ahora», enjuiciando el «ayer», sino tomando *aquello* con la prosa que *aquello* mereció entonces. Es decir, reimprimiendo los juicios periodísticos que de su pluma salieron y que fueron publicados en *El Pensamiento Alavés*, que a la sazón dirigía. Releer semejantes artículos es asomarse de lleno a un campo mefítico, donde poco se podía decir, porque una ley nefasta —la de Defensa de la República— cercenaba textos y suprimía cualquier juicio que no fuera el que los mismos magnates de la situación preconizaban, tirando por tierra en cada día mil veces la cacareada libertad de Prensa, que no era más que un mito, como tantos, para cazar tontos.

que de intento hemos tenido que relegar planos muy destacados de su contenido hacia la demostración más ostensible de su valor y significación.

JOSÉ PERDOMO.

LA ESPAÑA DE FRANCO, por DOMINGO DE ARRESE.

Publicaciones Españolas. Madrid, 1947.

La pluma docta, segura y veraz de Domingo de Arrese ha escrito un libro, prodigio de fondo religioso y político, titulado *La España de Franco*, en el que la feliz coincidencia de la nerviosa agilidad del periodista y el espíritu profundo del pensador se aunan de modo perfecto para conseguir la realidad luminosa de este volumen, llamado a tener gran resonancia por su tema, planteamiento y desarrollo, en el que el autor, huyendo de lo tópico —fácil recurso repudiable—, se ha entregado de lleno a lo objetivo e indudable.

Domingo de Arrese, recogiendo las melenas de lo lírico, ha seguido en su libro —quinientas páginas de texto y numerosas y aleccionadoras fotografías fuera de paginación— una clara dirección cuasi histórica desde el ayer mediato —la República— al hoy, pasando por lo inmediato —la Guerra de Liberación—.

Con envidia literaria y ese claro concepto de la lógica que el señor Arrese tiene, va diciendo en su libro las razones y *porqués* de la Guerra de España contra sus seculares enemigos. Aquel sombrío panorama, lleno de la más feroz de las anarquías y de los sectarismos más repudiables, que se extendió por España a partir del 14 de abril de 1931, lo narra el autor de este libro con la más afortunada de las prosas y la más eficaz de las razones. No haciéndolo «ahora», enjuiciando el «ayer», sino tomando *aquello* con la prosa que *aquello* mereció entonces. Es decir, reimprimiendo los juicios periodísticos que de su pluma salieron y que fueron publicados en *El Pensamiento Alavés*, que a la sazón dirigía. Releer semejantes artículos es asomarse de lleno a un campo mefítico, donde poco se podía decir, porque una ley nefasta —la de Defensa de la República— cercenaba textos y suprimía cualquier juicio que no fuera el que los mismos magnates de la situación preconizaban, tirando por tierra en cada día mil veces la cacareada libertad de Prensa, que no era más que un mito, como tantos, para cazar tontos.

Aquellos magníficos comprimidos de la actualidad, que valieron a su autor castigos y amenazas constantes, que en una ocasión se convirtieron en sangrienta realidad, están reimpresos en *La España de Franco* como prueba palmaria, que se ofrece al mundo en esta hora, para que vea con los ojos físicos cuál era la realidad de aquella situación que la victoria de Franco eliminó, para gloria de la Patria.

Y por si todo lo dicho fuera poco para avalar este volumen magnífico, la exposición —con la fría letra oficial— de las disposiciones de los Gobiernos republicanos y del de Franco es el claro ritmo maravilloso de un resurgir constante de los más preciados valores religiosos y patrióticos.

Falta el estrambote que coloque a *La España de Franco* en la vanguardia de los libros publicados sobre este tema: la contestación a la carta del doctor Múgica, hecha por el señor Arrese con una sinceridad, respeto y argumentación valiosa que no admite rélica posible.

La valiosa labor publicista de don Domingo de Arrese se enriquece con este libro, que en España y el extranjero será muy comentado.

E. DEL C.

LA CRÍTICA DE LAS RELIGIONES, por el Rvdo. P. D. JAUN
TUSQUETS.-«Colección Lábaro».-Editorial Lumen.-Barcelona, 1946.

Nos hallamos ante un ameno y bien confeccionado libro, que acaso debió titularse como fué rotulado el último capítulo que lo compone: «La certidumbre católica»; precisamente porque este apartado comprende certeramente cuanto debe ser considerado como finalidad, tendencia y resumen de la obra.

El Padre Tusquets, como familiarmente se le llama por la notoriedad que alcanzara en diversas producciones, ha escrito en la presente ocasión un libro que pone interesantes cuestiones al alcance del gran público y que por su claridad y certera concepción resulta adecuado a todos los sectores. Por esa razón no podemos reprocharle un carácter de superficialidad, por cuanto se precisaría para ello tener fundamentalmente en cuenta lo que se persigue y hasta los límites en que se encierra; y de ahí que hayamos de consignar que se trata de una obra perfectamente perfilada, sin que se

Aquellos magníficos comprimidos de la actualidad, que valieron a su autor castigos y amenazas constantes, que en una ocasión se convirtieron en sangrienta realidad, están reimpresos en *La España de Franco* como prueba palmaria, que se ofrece al mundo en esta hora, para que vea con los ojos físicos cuál era la realidad de aquella situación que la victoria de Franco eliminó, para gloria de la Patria.

Y por si todo lo dicho fuera poco para avalar este volumen magnífico, la exposición —con la fría letra oficial— de las disposiciones de los Gobiernos republicanos y del de Franco es el claro ritmo maravilloso de un resurgir constante de los más preciados valores religiosos y patrióticos.

Falta el estrambote que coloque a *La España de Franco* en la vanguardia de los libros publicados sobre este tema: la contestación a la carta del doctor Múgica, hecha por el señor Arrese con una sinceridad, respeto y argumentación valiosa que no admite rélica posible.

La valiosa labor publicista de don Domingo de Arrese se enriquece con este libro, que en España y el extranjero será muy comentado.

E. DEL C.

LA CRÍTICA DE LAS RELIGIONES, por el Rvdo. P. D. JAUN
TUSQUETS.-«Colección Lábaro».-Editorial Lumen.-Barcelona, 1946.

Nos hallamos ante un ameno y bien confeccionado libro, que acaso debió titularse como fué rotulado el último capítulo que lo compone: «La certidumbre católica»; precisamente porque este apartado comprende certeramente cuanto debe ser considerado como finalidad, tendencia y resumen de la obra.

El Padre Tusquets, como familiarmente se le llama por la notoriedad que alcanzara en diversas producciones, ha escrito en la presente ocasión un libro que pone interesantes cuestiones al alcance del gran público y que por su claridad y certera concepción resulta adecuado a todos los sectores. Por esa razón no podemos reprocharle un carácter de superficialidad, por cuanto se precisaría para ello tener fundamentalmente en cuenta lo que se persigue y hasta los límites en que se encierra; y de ahí que hayamos de consignar que se trata de una obra perfectamente perfilada, sin que se

eche de menos la necesidad de penetrar demasiado en problemas de fondo extraordinario.

Llega don Juan Tusquets a su tesis sobre la certidumbre católica por un camino filosófico-deductivo, original y provechoso. Revela el autor su espíritu asaz meticoloso y metodista, cosa que le presta unas características esquemáticas, dentro de un orden completo de metodización.

El análisis de las cuestiones se lleva a efecto por procedimientos llanos: se va de lo general a lo particular, hasta que el lector se enfrenta con la teoría determinante del libro, comprobándola y consiguiendo su afirmación por esa misma razón de su metodismo. Se trata en la primera parte de la certidumbre en general, esto es, de la certidumbre filosófico-religiosa en su mayor extensión. Mantiene una corta y aguda discusión con la filosofía griega, en la que con cuidado estilo se traza acertadamente el papel y la importancia metafísico-filosófico de los grandes pensadores de la antigüedad, especialmente Tales, Parménides y Sócrates. Por el estudio de la labor de estos filósofos, la investigación de la rama filosófica católica enseñó y mostró, bajo la luz de su Verdad, el camino que siguieron los sabios clásicos hacia el conocimiento de Dios, aunque ello pueda calificarse de senda imperfecta. En este asunto el Padre Tusquets acierta completamente lo que se propuso: caracterizar la filosofía antigua.

Logrados esos objetivos fundamentales, empieza el autor otra tarea principal: desentrañar el significado filosófico del Cristianismo y su posición e influjo respecto a la Filosofía. Para ello no tenemos otro recurso que examinar el contenido de la Revelación cristiana. Con esta mención reproducimos casi los términos usados por el Padre Tusquets para explicar su posición. Saliendo de tal afirmación y haciendo una pequeña investigación filosófica, proclama de nuevo, repitiéndola, una verdad sencillamente básica, cual es la de que todos los filósofos tienen que colocarse bajo la tutela espiritual de la Iglesia Católica, que es la que lealmente invita a los sabios a pensar mejor, caso de ofrecer derivaciones conjugables con la verdad cristiana. Cita aquí el ejemplo de la Filosofía antigua y de lo que el Cristianismo condenó en ella, basándose en la Revelación; pero haciendo notar, cuando era así, que la razón podía condenar por sí misma lo que luego ha sido condenado por los mismos filósofos.

Entra el Padre Tusquets en breves discusiones con los filósofos

y las ideas modernas, haciendo mención de unos teólogos modernos interesantes. Es lástima que la parte de su libro en que trata del Padre Puigdesens no sea más larga y detallada. Los pensamientos sobre la historia de la Escolástica en los últimos años son también originales. Ese bosquejo histórico lleva al autor a la contemplación de las principales herejías y tendencias heréticas. En su discusión crítica sobre Descartes encontramos perfección por sus pensados conceptos y su exposición adecuada.

Por la crítica de los principales filósofos de la Edad Nueva (Descartes, Kant, Hegel, etc.), llega a un conjunto de consecuencias e ideas, que Tusquets llama certidumbres fundamentales de dichos pensadores. Y luego, como consecuencia, ejerce una crítica muy acertada, de igual manera que sobre las llamadas «certidumbres secundarias».

El final y la coronación de la primera parte de esta obra, tan rica en material y contenido, es la afirmación de la certidumbre religiosa del autor, que, haciendo un repaso espiritual por los jardines áridos de la Filosofía, retorna con la misma pureza de miras que acostumbra.

Enriquecido por numerosas ideas, y después de habernos dado interesantes juicios, nos lleva a la segunda parte de su obra, que es la certidumbre religiosa. Esta parte constituye una breve y compacta crítica de las varias religiones, junto también a sagaz crítica de las numerosas teorías e hipótesis modernas sobre materia religiosa.

Nuestro autor se ocupa de las escuelas mitológicas y de la antropológica o evolucionista, así como de varios pensadores psicólogo-filosóficos. Con mucho brío y energía refuta falsas y defectuosas afirmaciones. Y en este sentido podemos decir que Freud, Yung y James reciben su merecido.

El capítulo XIII, sobre la Escuela Histórica Cultural, es, indudablemente, una de las partes más interesantes del libro. Las teorías del Padre Schmidt son objeto de una crítica profunda y justa. Y finaliza el apartado con un repaso crítico a las religiones anteriores a Jesucristo, del cual lo más novedoso es lo relativo a Zathustra.

Poco cabe decir de las dos partes ulteriores de la obra, sobre la certidumbre cristiana y la católica. Son, lógicamente, las conclusiones de las dos primeras partes, presentadas ardientemente por las manifestaciones de la fe y las convicciones del autor, alcan-

zando hasta explicaciones en materia dogmática. Tenemos que hacer mención especial, por su clara y precisa expresión, de lo referente a crítica del judaísmo y del mahometismo, muy bien formulada, sobre todo por su precisión, y la «justificación crítica de la certidumbre católica» será suficiente decir que es digna de su nombre.

El libro, en su conjunto, es útil por ser la divulgación científica, en el mejor sentido de la palabra, de las ideas filosóficas que deben ser explicadas a los seglares y a la juventud culta. Y debemos de felicitarnos por el hecho de que haya sido su autor un sacerdote y escritor como el Rvdo. Padre Tusquets.

Prologa el libro el canónigo penitenciario de la S. I. C. de Barcelona, Rvdo. Sr. D. Cipriano Monserrat, que traza unas líneas en glosa del autor y de algunas de sus principales producciones.

IDEAS POLÍTICAS DE JUAN DE SOLÓRZANO,

por F. JAVIER DE AYALA.- Publicaciones de la
Escuela de Estudios Hispano - Americanos. - Volumen XXII.-En 4.º, 584 págs.-Sevilla, 1946.

Satisface advertir que el problema de los internacionalistas españoles del siglo XVI va siendo enfocado sobre el examen de la totalidad de su obra y el enjuiciamiento de los demás factores de la misma. Los casos de Suárez y Vitoria, a la luz de los estudios de Delos y Mesnard, son, así, ejemplares. También ahora empiezan a atenderse con más amplio horizonte los tratadistas de temas indios.

Viene la observación a cuento del libro de F. Javier de Ayala, a que se refiere esta nota.

La figura de Solórzano, jurista español en los temas de Indias, es bien conocida y su puesto en buena lid ganado. Pero ahora, con el libro de Ayala, se suma al conjunto de los escritores políticos del siglo XVII, y su doctrina se expresa, no ya en el tema indiano o en el imperial, sino en su total sistemática. No hubo, en rigor, una teoría del Imperio, sino una concepción territorial de una Monarquía extensa, iluminada con haces de providencialismo. Y eso se comprende mejor desde un punto más elevado y más lejano.

Se nos ofrecen así, tras de una introducción sobre el hombre

zando hasta explicaciones en materia dogmática. Tenemos que hacer mención especial, por su clara y precisa expresión, de lo referente a crítica del judaísmo y del mahometismo, muy bien formulada, sobre todo por su precisión, y la «justificación crítica de la certidumbre católica» será suficiente decir que es digna de su nombre.

El libro, en su conjunto, es útil por ser la divulgación científica, en el mejor sentido de la palabra, de las ideas filosóficas que deben ser explicadas a los seglares y a la juventud culta. Y debemos de felicitarnos por el hecho de que haya sido su autor un sacerdote y escritor como el Rvdo. Padre Tusquets.

Prologa el libro el canónigo penitenciario de la S. I. C. de Barcelona, Rvdo. Sr. D. Cipriano Monserrat, que traza unas líneas en glosa del autor y de algunas de sus principales producciones.

IDEAS POLÍTICAS DE JUAN DE SOLÓRZANO,

por F. JAVIER DE AYALA.- Publicaciones de la
Escuela de Estudios Hispano - Americanos. - Volumen XXII.-En 4.º, 584 págs.-Sevilla, 1946.

Satisface advertir que el problema de los internacionalistas españoles del siglo XVI va siendo enfocado sobre el examen de la totalidad de su obra y el enjuiciamiento de los demás factores de la misma. Los casos de Suárez y Vitoria, a la luz de los estudios de Delos y Mesnard, son, así, ejemplares. También ahora empiezan a atenderse con más amplio horizonte los tratadistas de temas indios.

Viene la observación a cuento del libro de F. Javier de Ayala, a que se refiere esta nota.

La figura de Solórzano, jurista español en los temas de Indias, es bien conocida y su puesto en buena lid ganado. Pero ahora, con el libro de Ayala, se suma al conjunto de los escritores políticos del siglo XVII, y su doctrina se expresa, no ya en el tema indiano o en el imperial, sino en su total sistemática. No hubo, en rigor, una teoría del Imperio, sino una concepción territorial de una Monarquía extensa, iluminada con haces de providencialismo. Y eso se comprende mejor desde un punto más elevado y más lejano.

Se nos ofrecen así, tras de una introducción sobre el hombre

y el ambiente, el sistema político interno del siglo XVII en su reflexión solorzaniana, y el sistema externo, la «civitas máxima», con los problemas del curialismo, la extensión de la soberanía, y la paz, y la guerra.

En la primera parte, el autor se beneficia del esfuerzo reciente de Maravall, que expone la teoría general de aquella época. En la segunda, el encuadre del tema indiano consigue un desarrollo genético completo. Quizá falta aquí la concepción típica de la «colonización», como forma de esa misma expresión, y aun la presencia de ciertos temas característicos de la razón de Estado, en sus matices relacionadas con el engrandecimiento de las monarquías. Hubiéramos querido ver atendida también la concepción autónoma del llamado Imperio americano, que, arrancando de la carta de Hernán Cortés, se centraría sobre los dos núcleos de México y Perú.

Ha de tenerse en cuenta, de otra parte, como sugiere el autor, que Solórzano es tributario de concepciones superadas en su tiempo. Y aun antes de su tiempo podríamos añadir. Y por eso, seguramente, se le ve en ocasiones algo fuera del momento doctrinal coetáneo.

Otro elemento que sirve para situarle, y que el autor nota, muy exactamente, es el que postula la actitud solorzaniana de acomodar la fe a las exigencias de la realidad, lo que produce un cierto pragmatismo político-religioso que le lleva a inventar o a deformar los supuestos metodológicos. Hay que ver a Solórzano como a uno de aquellos funcionarios que escribían con vocación farragosa y más por obra de acumulación que de clarificación. Su casuismo es típico. Resulta de la coordinación de los elementos en que se mueve, según demuestra la reducción del *De Indianum iure* a la *Política indiana*. Hay, además, un problema heurístico. Mirando sólo hacia Cicerón, ¿cómo filiar la definición que de la libertad da Solórzano?

Por todo esto, a más de aquella inicial incorporación al más vasto cuadro de la política, merece bien el afán con que Javier de Ayala ha resuelto en un volumen abultado el ensayo que sobre este tema nos dió como su anuncio.

JUAN BENEYTO.